

1-19-HOMBRE Y MUJER

La primera palabra que el hombre pronuncia en la Biblia es una gozosa exclamación acerca de la compañera que Dios le ha dado para que no se encuentre solo: “Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gen. 2:23). La primera declaración acerca del hombre y la mujer es por tanto que Dios los creó – esto es, los quiso- a los seres humanos como hombre y mujer. Que esto es así, que existe en estas dos formas resaltadamente diferentes de masculinidad y femineidad no es ni accidente ni coincidencia, ni un ciego capricho de la naturaleza sino más bien una espléndida idea de Dios (CCC 369).

Dos verdades se contienen en este punto esencial

- 1) que ambos, hombre y mujer, comparten básicamente la misma naturaleza y por ello la misma dignidad pues ambos son por completo personas y
- 2) que ambos en la medida que son diferentes son en su propia manera “perfectos” y semejantes a Dios. Ser “hombre” y “mujer” es bueno: Dios mismo lo ha afirmado y lo ha querido: “Hombre y mujer los creó” (Gen 1:27). En la oración judía tradicional, el hombre agradece a Dios cada mañana haber nacido hombre, y la mujer haber nacido mujer.

Hombre y mujer han sido creados el uno para el otro. Como indica el lenguaje simbólico de la Biblia ningún animal es ese “equivalente” que falta al hombre y sin el que se siente solo(Gen 2,20). Conocemos cuán triste es observar las personas que esperan de una mascota que compense su soledad (CIC 2418). Sólo la mujer, como su propio igual, puede ser el “complemento” del hombre. Pero no por eso son ambos partes incompletas que se habrían de completar integrándose: son seres independientes destinados a “ayudarse” el uno al otro. La atracción entre ambos no la explica la Biblia como el mito griego que hablan de un único ser humano dividido por la mitad por los dioses, cuyas dos partes desde entonces se buscan desesperadamente. El amor entre hombre y mujer lo ha otorgado el mismo Dios. En la Sagrada Escritura es belleza, fuego, fuerza indestructible (Cantar de los Cantares,8 :6), devoción y fecundidad son las imágenes preferidas para expresar el amor apasionado de Dios por el hombre (CIC 796).

¿Sin embargo de dónde viene, como constante y dolorosamente experimentamos- el desorden en las relaciones entre hombre y mujer?

“Su unión siempre ha venido amenazada por la discordia y por el espíritu de dominación, infidelidad y celos que pueden intensificarse hasta llegar al odio y la separación” (CIC 1606). “Según nuestra fe el desorden...no procede de la naturaleza de hombre y mujer, ni de la naturaleza de sus relaciones, sino del pecado” (CIC 1607). Una grieta fundamental en la relación con Dios ha destruido también la original y deseada armonía entre hombre y mujer. El compañerismo y la cooperación han sido reemplazados por el deseo de dominación y la confiada comunicación por la mutua recriminación.(cf Gen 3:12,16). Desde entonces, hombre y mujer encuentran su camino el uno hacia el otro sólo si su amor se ve liberado del pecado original por medio de la Cruz de Cristo.